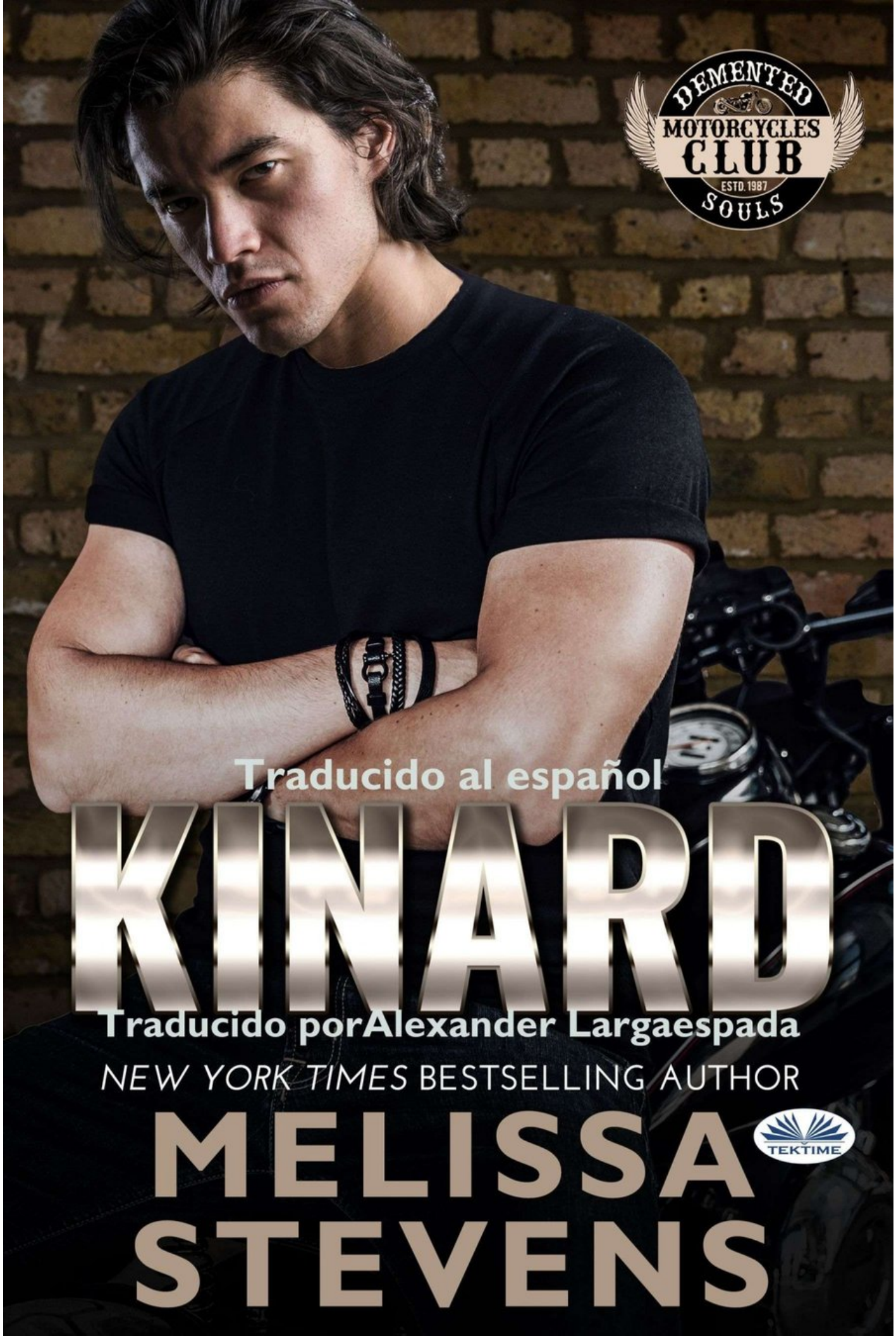

Traducido al español

KINARD

Traducido porAlexander Largaespada

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

MELISSA STEVENS

TEKTIME

Copyright © 2026 por Melissa Stevens

Traducido por Alexander Largaespada

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna sin el permiso por escrito del editor o del autor, salvo lo permitido por la ley de derechos de autor de Estados Unidos.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11

1

“¿Qué quieres decir con que no puedes escuchar eso?” Kinard no pudo evitar mostrar su asombro. Por fin había localizado el chirrido agudo que lo había estado volviendo loco durante días. Provenía de la luminaria del techo, a tres metros de altura. El problema era que nadie más podía oírlo.

“No sé de qué estás hablando. No escucho nada fuera de lo común”. Deanna, la enfermera más nueva de la sala de urgencias, negó con la cabeza y lo miró de reojo. Ella pensaba que estaba loco, él lo sabía. Kinard mostró una expresión de desconcierto.

¿Cómo podría ser él el único? Ya había pensado que solo eran sus oídos, pero solo lo oía aquí, en la sala de enfermería, no en ninguna de las habitaciones ni en casa.

Inclinó la cabeza hacia atrás y miró fijamente la molesta bombilla. ¿En qué problemas se metería si encontrara la manera de subir allí y quitar solo esa?

“No lo recomiendo”. Su voz lo hizo volver a mirarla.

“¿No recomiendas qué?” Kinard entrecerró los ojos, preguntándose si ella había leído su mente de alguna manera.

“Subir allí o intentar robar una bombilla. La complejidad de la tarea hace que no sea recomendable”.

Kinard parpadeó y la miró un poco más de cerca. ¿Por qué demonios hablaba así?

“No es tan difícil. Es solo una bombilla”. Volvió a mirar hacia arriba, hacia la luminaria.

“Es cierto, pero está a unos tres metros de altura. Necesitarás una escalera u otro medio para alcanzarla, y ese es solo el primer problema”.

Kinard no la miró; se quedó mirando fijamente la bombilla, como si pudiera someterla con la mirada.

“Si fueras capaz de encontrar la manera de subir allí, preparar todo y trepar sin que te detenga el personal, la seguridad o la administración —y ese es un gran 'si'—, entonces tendrías que averiguar cuál de todas es y quitarla. Quitar una de esas bombillas no es lo mismo que quitar una en casa; además, estará caliente”.

“Una vez allí arriba, podría saber cuál es por el lugar de donde proviene el sonido, al igual que finalmente descubrí que es esa luminaria”. Dejó de fijarse en la luminaria que había sobre ellos y la miró con gesto fruncido.

“En realidad no voy a hacerlo, pero fantasear con ello me ayuda. ¿Te parezco un completo idiota?”

Levantó un hombro en un gesto universal de 'quién sabe'. “Supongo que tenía que estar loca para aceptar voluntariamente trabajar en Urgencias, así que, por lo que sé, tú también podrías estarlo. Pero este es solo mi segundo turno aquí, así que ¿cómo podría saberlo con certeza?”

Kinard entrecerró los ojos y la observó un momento más.

“Soy Kinard, Chris Kinard. Llevo trabajando en Urgencias aquí unos tres años. Sabía que eras nueva, pero no tan nueva”. Dijo primero su apellido porque así es como se identificaba a sí mismo, así es como le llamaba la gente. Aquí no, en realidad. Pero sí sus hermanos miembros del club. Los demás miembros de las Almas Dementes.

“No soy realmente nueva, solo nueva en Urgencias. Antes trabajaba en la UCI, pero necesitaba un descanso. Puedo soportar a los pacientes, pero eran las familias las que me agotaban. Los niños sentados allí durante días, esperando a un padre o un hermano que simplemente no va a mejorar”. Ella negó con la cabeza. “Era más de lo que podía soportar. Creo que ahora puedo manejarlo un poco mejor”. Echó un vistazo alrededor de la sala. “Sé que habrá muchos que no lo lograrán, que nunca tendrán una oportunidad, y que habrá familias alrededor, pero no llegaré a conocer a esas familias, y luego tendré que experimentar su pérdida, una y otra y otra vez. En la sala de urgencias hay que atenderlos, tratarlos y seguir adelante. Al menos eso es lo que espero”.

“En muchos sentidos, sí. Pero hay algunos que llegarás a conocer. Tenemos un buen número de pacientes habituales. Tanto personas que buscan medicamentos o atención, como personas que simplemente padecen enfermedades crónicas. A esos los reconocerás al cabo de un tiempo”. Kinard se aseguró de revisar su etiqueta con su nombre. “Bienvenida a la sala de urgencias, Deanna. ¿Lo dije bien?”

“Oh, lo siento. Se me había olvidado. Sí, es Deanna Gilmour. ¿Cómo pude olvidar esa parte?” dijo ella, sacudiendo la cabeza y riéndose de sí misma. “Supongo que hoy estoy un poco alterada”.

“Suele pasar”. La miró de arriba abajo, sin intención lasciva, pero dándose cuenta por primera vez de que era alta, casi tan alta como él. “Apuesto a que si te subieras a mis hombros, podrías alcanzar esa bombilla por mí”.

Deanna hizo un gesto con el ceño fruncido. “Pero no lo escucho. No tengo forma de saber cuál es”.

Eso le hizo fruncir el ceño. Ella tenía razón. No le gustaba, pero tenía razón. Y ni de broma iba a sugerir ponerse de pie sobre los hombros de ella. Puede que no fuera el mejor tipo del mundo, pero no maltrataba a las mujeres, y no soportaba a los hombres que lo hacían. Aun así, quería que esa bombilla se callara de una maldita vez; solo tenía que averiguar cómo.

“¡Necesito ayuda aquí!” gritó un médico desde el interior de una sala. Kinard se apresuró a echar una mano, con Deanna a su lado.

***

Al final de su turno, Kinard estaba agotado. Le dolían los pies y lo único que quería era irse a casa, sumergirlos en agua caliente y mantenerlos en alto durante unas horas. Pero primero tenía otras cosas que hacer.

Salió del hospital en piloto automático, evitando chocar con personas y objetos por instinto, más que con intención o atención real.

En el estacionamiento, echó un vistazo al auto que usaba casi exclusivamente para ir y venir del trabajo, y deseó que fuera su bicicleta.

“¿No es eso tener suerte?” La voz de Deanna interrumpió el ensimismamiento de Kinard.

“¿Qué?” Parpadeó y sacudió ligeramente la cabeza, con la esperanza de despejar la niebla del cansancio. Finalmente la vio. Deanna estaba junto al auto estacionado al lado del suyo. Llevaba la capucha puesta y estaba de pie con las manos en las caderas, sonriéndole.

“Solo esperaba que apareciera alguien, alguien que estuviera dispuesto a ayudarme”.

“¿Qué pasa?”

“Soy una idiota, eso es lo que pasa”. Ella negó con la cabeza y continuó. “Dejé la luz interior encendida y se agotó la batería. ¿Puedo pedirte que me des una mano y me pases corriente?”

Kinard levantó una ceja y la miró fijamente durante un segundo. Le gustaría poner sus manos encima de ella, pero no en el sentido que ella pensaba.

“No sé si tengo los cables, déjame revisar”.

“Yo tengo unos”. Ella se apresuró hacia la puerta del conductor, que estaba abierta, e hizo algo que él no pudo ver, pero por la forma en que se abrió el maletero, supuso que había pulsado el botón para abrirlo.

“Déjame ver”. Se dirigió a la parte delantera del auto para ver dónde estaba la batería y si tendría que mover su vehículo para que los cables llegaran.

Echó un vistazo y pensó que tal vez tendrían suerte, si su batería estaba donde él creía. Abrió el capó y lo levantó mientras Deanna regresaba con los cables.

“Déjame encender este para que no acabemos los dos sin batería, ahora veremos si logramos ponerte nuevamente en marcha”.

No tardó mucho: Kinard conectó los cables y le pidió que intentara arrancarlo. Para su alivio, su pequeño sedán arrancó enseguida y ronroneó como un gatito. No pudo evitar mostrar una sonrisa triunfante mientras desconectaba los cables, primero de su auto y luego del suyo, y los enrollaba para guardarlos.

“Muchas gracias. No sé qué hubiera hecho sin tu ayuda”.

“Alguien habría venido a ayudarte. Pero si te pasa a menudo, te recomiendo que contrates la asistencia en carretera con tu seguro de automóvil. Normalmente solo cuesta un par de dólares al mes y te sacarán de muchos apuros”.

“Me informaré, gracias. Mientras tanto, ¿puedo invitarte a cenar por las molestias?”

“No hace falta. Lo habría hecho por cualquier persona”.

“Pero me siento mal, además, quería charlar. Conocer un poco al nuevo compañero de trabajo, pedirte un poco de consejo para no meterme en líos. ¿Sí?”

Kinard empezó a negarse. Solo quería quitarse esa ropa y relajarse. Por otro lado, no le importaría conocerla un poco mejor.

"De acuerdo. Pero primero me gustaría cambiarme. ¿Nos vemos en algún lugar dentro de una hora? ¿Una hora y media?"

"¿Qué tan lejos es donde vives?" preguntó Deanna, ladeando la cabeza hacia un lado.

"¿A esta hora del día? De quince a veinte minutos".

"Yo también, yo voy en esa dirección". Ella señaló vagamente hacia el noreste. "¿Vives cerca?"

Kinard parpadeó. "Vivo cerca de Orange Grove y la 1.ª. ¿Por qué?"

"¿Te gusta la comida italiana?"

"Por supuesto".

"¿Qué tal en Guiseppe's? Está en Oracle, entre Rudasill y Orange Grove. ¿Qué tal..." —miró su reloj— "...a las siete? Eso es dentro de poco más de una hora y media".

"Suena bien. Entonces nos vemos". Asintió con la cabeza hacia su auto. "Asegúrate de dejarlo funcionar durante al menos treinta minutos antes de apagarlo".

"Lo haré". Deanna se dirigió a la puerta del conductor. Lo observó un momento y luego entró en el auto. Kinard la vio salir marcha atrás de su lugar y marcharse, luego se subió a su propio auto y se dirigió a casa.

You've Just Finished your Free Sample

Enjoyed the preview?

Buy: http://www.ebooks2go.com